

## ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA PROBLEMATICA DE LA TERCERA EDAD

POR CARLOS BUSTAMANTE RUIZ  
Doctor en Medicina

TITON, hermano de PRIAMO, se casó con AURORA. Los dioses le ofrecieron como presente la inmortalidad. Pero como olvidaron regalarle a la vez la juventud eterna, TITON no tardó en convertirse en un viejo decrepito. Al verlo tan seco y deprimido, ZEUS se apiadó de él y lo hizo cigarra.

Este hermoso mito es sólo eso: un mito. La vejez existe y es en sí misma una parodia de la vida. Anticipo de la muerte, a menudo degrada al ser humano, a diferencia de la muerte misma que siempre lo ennoblece. Y en la medida que torna dramáticos los postreros años de la vida, la vejez es una denuncia y un anatema contra una civilización que al no cuidar y proteger a sus ancianos se muestra incapaz de salvarse a sí misma.

Llamamos "tercera edad" —eufemísticamente— al período de la vida que los griegos calificaban como edad de los gerontes y los romanos llamaban senectud. Los progresos de la medicina, al prolongar la vida, han alterado tal calificación, admitiéndose ahora una "cuarta edad", que empieza a los 80 años. Con lo que, por razones obvias, podríamos iniciar esta presentación agrupando a los seres humanos por su edad, en cuatro períodos o estaciones, que serían los siguientes: la "primera edad o del desarrollo" que empezaría con el nacimiento y duraría hasta los 25 años; la "segunda edad o de la plenitud biológica" que se extendería desde los 26 hasta los 60 años; la "tercera edad o de la madurez

filosófica", que empezando a los 60 termina en los 80 y la "cuarta edad o de la senectud" caracterizada por la completa declinación biológica.

Bien sabemos que los promedios de vida se acrecientan más y más cada día, acercándose ahora a esa barrera de los 80, razón por la cual algunos futurólogos llaman al siglo XXI el "siglo de la edad glacial".

El título de esta presentación expresa nuestro propósito de examinar los problemas de esa tercera edad, que son los problemas del grupo humano que Lleras Camargo llamó alguna vez de las "panteras grises". Es cierto, de otro lado, que problemas se dan en todas las estaciones de la vida y que la especie humana siempre los ha superado, gracias a su extraordinaria capacidad para sobrevivir, sobre todo si tenemos en cuenta, al analizarlos, que las distintas edades de los hombres no son sólo hechos biológicos sino verdaderos contextos culturales.

Según estimaciones numéricas dignas de crédito para el año 2000 el 30 o/o de toda la población mundial tendrá más de 65 años de edad, lo cual, para un total de 6000 millones representa 1800



millones de veteranos. Los estudios sociológicos que merece esta mayoría de la especie humana, en estos momentos, son bastante limitados, en parte porque la supervivencia de los gerontes es una consecuencia directa de los acentuados y acelerados progresos de la medicina, que se enorgullece de ellos y en parte porque se subestima todavía el papel que el "poder anciano" va a desempeñar en el mundo de mañana. Recordemos además, que en la filosofía que condiciona las directivas económicas de la sociedad de consumo en que vivimos se da más importancia al individuo joven y agresivo que al hombre maduro, reposado y reflexivo, olvidando que "la persona humana gasta un cuarto de su vida creciendo y tres cuartos envejeciendo".

En este envejecer hemos de admitir que sabemos más del desgaste somático que del correspondiente psíquico. Y que dicho envejecimiento no es producto de una sola variable sino de la suma de múltiples variables. La edad cronológica que es un índice bastante aceptable pero no perfecto para juzgar las capacidades mentales y físicas de las personas, pierde valor cuando se considera que la velocidad de envejecimiento es diferente para las diferentes personas y no es la misma para los distintos órganos en la misma persona. Piaget llamó a esto "errores en la cronometría de la vida". Por otra parte, las capacidades intelectuales guardan menos relación que las físicas con la edad cronológica. La preservación de las facultades mentales puede ocurrir hasta edades avanzadas, sobre todo en aquellas personas con actividades intelectuales o creativas, que tratan de mantenerse activos dentro de su arte o profesión por mayor tiempo. No obstante lo dicho, es muy difícil determinar qué es inteligencia normal en la vejez. La Facultad de Medicina de París, en un trabajo estadístico que demandó 20 años y que se aplicó al estudio de 933 personalidades del primer plano mundial, elaboró un cuadro de dos columnas paralelas, en una de las cuales se encuentran las edades y en la otra el porcentaje de rendimiento intelectual.

Edad (en años)	Rendimiento Intelectual (en o/o)
16	22
21	30
26	43
31	65
36	100
41	95
46	81
51	72
56	60
61	53
66	35
71	21
76	18
81	37
86	55

Margassé, J.L., según cotejo de datos clínicos de Lehman y Adams (1969).

### ¿Qué se entiende por vejez?

En Gran Bretaña la vejez empieza a los 60 años para la mujer y a los 65 para el hombre, edades en las que pueden jubilarse. En nuestro medio es posible postergar la jubilación hasta los 70. En Uruguay la jubilación se da la mano con el paternalismo y empieza mucho más temprano. Pero, al margen de las variaciones locales, hemos de admitir que los problemas que se plantean a las gentes de la tercera edad son tanto de naturaleza sociológica como médica.

Desde el punto de vista médico vamos a pasar en revisión algunos aspectos del proceso de envejecimiento, considerándolo como parte natural del acaecer biológico, tanto desde el punto de vista somático como psíquico.

En cuanto a lo somático he aquí, resumidas por cierto, las alteraciones estructurales y funcionales de la vejez:

1. Disminución en la velocidad de conducción del impulso nervioso, probablemente en las sinapsis;
2. Disminución en la intensidad del flujo sanguíneo renal y en la filtración glomerular. En el riñón se evidencia uno de los cambios involutivos más regulares y generales;
3. Disminución del débito cardíaco y del índice de expulsión;
4. Aumento de las resistencias periféricas relacionado con el estrechamiento del diámetro de los vasos sanguíneos; aumento del tiempo de circulación y de la presión sanguínea sistólica;
5. Menos aire respirado por unidad de tiempo con reducción del metabolismo basal, con menos oxígeno disponible para producir energía y para las reacciones de síntesis;
6. Aumento en promedio de piezas dentarias cariadas, empastadas o extraídas. Los hombres y mujeres entre 45 y 79 años de edad tienen más problemas peridentales que el promedio correspondiente a todas las edades entre 18 y 45;
7. Respuesta menos eficiente al "stress" por el organismo como un todo; por ejemplo, disminución de los esteroides corticales en la orina, que son una medida de la respuesta de las glándulas suprarrenales al estímulo de ACTH pituitario;
8. Caída de la habilidad para evitar la enfermedad, con reducción de secreción de la estimulante hormona tirotrópica pituitaria, con menor actividad tiroidea y tímica. De otro lado, aumento de la respuesta autoinmune, con lo que, por ejemplo, las células cancerosas que en los años jóvenes son reconocidas como invasores extraños y regularmente eliminados mediante una variedad de reacciones inmunológicas, florecen más a menudo con el paso de los años. Los cuerpos inmunes o anticuerpos o las células que los producen se muestran defectuosos y a menudo destruyen erróneamente tejidos sanos, produciendo autodestrucción o procesos de autoinmunidad;



9. Cambios en la digestión. Algunos alimentos de uso cotidiano familiar pueden hacerse indigestos o por lo menos productores de dispepsia. Con los años, en adultos saludables, disminuye la cantidad y actividad de las enzimas digestivas. Disminuye, asimismo, el flujo de saliva, desde los 50 hasta los 80 ó 90, pudiendo presentarse dificultad especial para mantener una nutrición adecuada de los tejidos sanos de la boca y para sostener prótesis dentales.

10. Cambios considerables en la absorción y utilización de minerales esenciales: Ca ++, Mg ++, K + y Na +. Algunos investigadores han encontrado K + disminuido en gran número de ancianos. El K + es un oligomineral crucial para el nervio normal y para la actividad del músculo cardíaco. Cambios en la ingesta de Ca ++ con la dieta o en su absorción pueden relacionarse con la pérdida de Ca ++ del esqueleto lo que producirá osteoporosis. Es difícil evaluar si sólo la edad es responsable de esos problemas nutricionales, especialmente con los minerales ya que los problemas podrían ser resultado de pobres hábitos nutricionales a través de la vida;

11. Envejecimiento de los órganos de los sentidos a través del curso de la vida adulta. La visión, el gusto, el tacto y la audición experimentan cambios. Por ejemplo, los cambios visuales (difícil adaptación, frecuencia crítica de parpadeo y velocidad de contracción pupilar) son medibles. Cambios en la audición que es excelente en la adolescencia y comienza su declinar entre los 40 y 50 años, especialmente para sonidos de frecuencias altas;

12. Disminución de las secreciones gonadales; cambios en elasticidad, tono y lubricación del tejido genital. Todo esto puede conducir a incomodidad o aun disturbio como pareja sexual, frecuentemente superable. No disminuye necesariamente el interés en la sexualidad. Masters y Johnson han observado que lo que es realmente necesario para una actividad sexual saludable y satisfactoria, aún a través de la década de los ochenta años de la vida, era "un buen estado de salud y una compañera interesada e interesante".

Las alteraciones psíquicas de la tercera edad resultan tanto o más significativas que las somáticas y son más insoportables cuanto más desarrolladas fueron las capacidades mentales del geronte. El cambio más ostensible como consecuencia del paso y del peso de los años es la pérdida de la memoria. Es una amnesia sobre todo anterógrada. Los viejos recuerdan bien los hechos de su infancia y juventud pero olvidan los inmediatos. A menudo pierden el interés por ideas nuevas, se tornan aprehensivos e intolerantes, se hacen perfeccionistas y conservadores respecto a nuevas situaciones. Se deprimen con facilidad y devienen en pesimistas, por lo mismo que su horizonte es cada vez más limitado. El tiempo pasa, para él, cada vez más de prisa y por un mecanismo de defensa singular resta importancia a todo hasta el momento en que, como una

hoja seca, se desprenda del árbol de la vida. Parodiando a Renan podríamos decir que "la vejez es el descubrimiento de un horizonte, muy limitado y cercano, que es la muerte". Por eso es que la depresión involuntiva es la más temible de las frustraciones de la edad avanzada. Depresión que se magnifica en el sentimiento de soledad. Soledad de afuera cuando los abandonan. Soledad de adentro cuando se abandonan.

Pero si los problemas psico-físicos que hemos enunciado afectan a estas personas en mayor o menor grado según el caso particular, los problemas de carácter social son, con mucho, el marco donde se encierra el drama contemporáneo de los viejos. Lo que contrasta con lo que fue su situación social en el pasado. ¿Quién se atreve a denunciar a un viejo ante la Ley?, preguntó el académico Masilio Alcedes a sus pupilos. La respuesta, a coro, fue: "¡Nadie, los viejos son sagrados!". Así se pensaba en el 460 AC, en la Roma de los patricios, del Senado y de la República. Esta divinización o casi religiosidad ante los venerables mayores de 50 años, según Livio hacía del anciano algo más que un simple patriarca: lo convertía en invulnerable. "En todo viejo vive el Olimpo y la Ley" aseguró Plutarco, escritor griego que vivió en el 86 de esta era. Los modernos esfuerzos encaminados a captar el espíritu de una época apenas si han sabido utilizar hasta ahora, y sobre todo no han sabido utilizarlos metódicamente, uno de los recursos que en realidad se hallan al alcance de la mano: el indagar cómo los distintos pueblos y las distintas épocas se sitúan ante las diversas edades de la vida en los tipos ideales del hombre y de lo humano creado por ellos. En rigor solo de los antiguos griegos suele hablarse como de un pueblo con un tipo de edad característico, que es concretamente la edad juvenil y ni siquiera aquí ha sabido ponerse bastante en claro el papel que entre los jonios desempeñó el joven como ideal, en el período que va desde la poesía homérica hasta la guerra del Peloponeso. Cuando se quiere revestir a un héroe homérico con todos los atributos de la gracia, viene una deidad y lo rodea del esplendor de la juventud, lo rejuvenece en toda regla y así Alcibiades, arquetipo de la "jéneusse dorée" es el favorito del demos ateniense, que desprecia y considera como un hereje al feo y calvo Sócrates. El auténtico romano, chapado a la antigua, considera como al hombre perfecto, más aun que al hombre en la plenitud de sus fuerzas, más que al vir, al que también se ensalza, al anciano, al senex. No se trata, naturalmente, del anciano ya caduco y sin fuerzas, sino del hombre de cabeza encanecida o calva que se halla todavía en plena posesión de sus facultades intelectuales y que aun posee fuerzas físicas suficientes. La leyenda y la historiografía romanas pintan con especial predilección a los senes, a los dignos senadores, cuya serenidad producía una impresión tan grande a las huestes galas del siglo IV A.C., un Fabio Máximo Cuntáctor, un Catón el



Viejo y tantos otros y cómo el Estado romano de tiempos anteriores y posteriores es, en realidad, la obra de una serie de hombres tenaces, egoístas y de larga visión, cuya edad oscilaba entre los 50 y los 60 años. Este ideal romano del *senex* es el que domina toda la primera mitad de la Edad Media y perdura aun en gran parte de la otra mitad, ya que la auténtica aristocracia de esa época responde en una medida muy considerable al tipo del *senex*. Durante el Bajo Imperio y la Alta Edad Media los viejos estuvieron casi excluidos de la vida pública; los jóvenes manejaban el mundo. Porque con el Renacimiento se vuelven las miradas a la antigüedad, como a la *aurea aetas*, como a la verdadera edad de oro y con ella retorna el predominio de la *juventus*. En los tiempos modernos el respeto y veneración de los ancianos ha tenido momentos de legítima vigencia, especialmente cuando el bienestar económico se dió la mano con el culto al clasicismo primero y al romanticismo después. Es importante señalar que en el siglo XX, donde han ocurrido las más cruentas pugnas ideológicas y bélicas, como consecuencia de la explosión demográfica y de los progresos de la medicina ya señalados, ha aumentado el número de gerontes a cifras astronómicas, como lo señalamos al inicio de esta presentación, lo que significa, desde el punto de vista económico que los costos de supervivencia de este grupo humano representan listas pasivas cada día más onerosas, mayores dificultades para conseguir empleo por parte de los jóvenes y diferentes actitudes de las generaciones inmediatas, con lo que surgen conflictos de padres e hijos o de abuelos y nietos, por lo que la figura patriarcal de los gerontes ha venido tan a menos que hoy son más motivo de escarnio y de burla que lo fueran otrora en el pasado. Es de esperar que la pesada carga económica de supervivencia de los ancianos no se resuelva con regresiones al primitivismo de viejas culturas, donde a los ancianos se les sacrificaba, trasladándolos a montañas llamadas "de la muerte" y donde eran abandonados, para que el resto de habitantes de la aldea pudiera sobrevivir. La novela japonesa *Narayama* del escritor Fukasawa evoca estas costumbres. Ha sido llevada al cine por el cineasta Shohei Inamura con la que ha ganado, hace pocos días, la Palma de Oro del Festival de Cannes. Asimismo hemos visto proyectada en la TV local una interesante película sobre control de la natalidad y en la que como complemento de ese control se prohíbe que a los mayores de 60 años se les proporcione medicamentos, para que sobrevivan sólo los mejor dotados de fuerza curativa propia. Por contraste con tan poco civilizados métodos de resolver esos problemas, vale la pena recordar que en la Rusia de otros tiempos los jóvenes llamaban a los viejos y los socialmente inferiores a los superiores: "padrecito", como expresión de veneración. Y en la U.R.S.S. de hoy, donde el promedio de vida es de 75 años y donde tienen más de 50 millones de jubilados, disponían en

1980 de 1800 asilos de ancianos, con 300,000 internados, atendidos por 130,000 especialistas y donde se considera que la preocupación por los ancianos no es tanto un impulso noble del alma humana como un deber moral de toda sociedad civilizada. En nuestra sociedad de consumo, en cambio, parece que la admonición de González Prada: ¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!, tuviera hoy más vigencia que cuando la pronunciara Don Manuel. Permítaseme señalar otro contraste que no es precisamente motivo de orgullo para la llamada civilización occidental. En China fue considerado, y aun lo es hoy día a pesar del comunismo, el grupo de viejos como algo especialmente valioso y digno de veneración. Esto tiene su origen en las doctrinas de Confucio y Lao-Tse, que consideran al hombre viejo como portador de la sabiduría. Además, se exige la veneración de la vejez por motivos éticos generales. Es cierto que el mundo espiritual del Oriente tiene en general para nuestros problemas una actitud muy distinta a la de Occidente. Para el asiático el mundo interior es más importante que el exterior, el pensamiento mágico se sobrepone al racional, el logro de la sabiduría y el conocimiento está muy por encima de cualesquier éxito material. El modo de pensar del budismo, lamaismo, taoismo, de la doctrina yoga, etc., exigen en toda su estructura interna el reconocimiento del grupo de los viejos, mientras la actitud del Occidente, dirigida completamente a la noción del rendimiento, sobre todo en la sociedad industrial, donde sólo se encuentra, con dificultad y titubeos, algún grado de comprensión para el modo de ser del viejo. Por ello, como lo formula Groth, "los viejos de nuestra época son un grupo de seres atrofiados o lastimados en lo más profundo de su existencia humana, a los cuales la sociedad les cierra el acceso interior a una etapa de vida más alta".

Los problemas económicos de los ancianos se dan la mano con los ya enunciados. Vale la pena señalar que en nuestro medio esos problemas tienen una magnitud que casi alcanza la dimensión de la miseria. Y lo que es más indignante, todavía, es que funcionarios de segunda o de tercera clase maltratan al jubilado con el peor de los maltratos, que es la pasividad rayana en la indiferencia más absoluta con que los tratan o los hacen tratar. Cuando no aparece por allí un chantajista, disfrazado de empleado que "facilita" las cosas en la medida que se le entrega un soborno. Y la justa equivalencia de la pensión, que en cierta forma fue acumulada por el retirado, a través de treinta o más años de servicios, se ve reducida a su mínima expresión por obra y gracia de ese monstruo industrial que llamamos burocracia. Respecto de la pensión de jubilación o de vejez considero pertinente citar las atinadas reflexiones de Heinz Woltreck en su ensayo sobre "La vejez, segunda vida del hombre". Dice el autor: Se juzga al grupo de los viejos como predominantemente negativo a causa de su productividad ahora



inexistente. Se habla de una carga demasiado pesada de las capas improductivas sobre las productivas, olvidando que los "viejos" han trabajado durante muchos años y con ello han constituido capital. No consiste sólo en sus pagos para el Seguro Social, seguros de vejez, impuestos de cesantía, jubilación y montepío, sino también de capital efectivo. Nuestras fábricas y máquinas, vías ferroviarias y carreteras, nuestras obras de minería y nuestras casas no hubieran surgido en su mayor parte si las generaciones viejas no hubieran colaborado en su construcción y con ello en la formación de capital. En condiciones normales la mayoría de los viejos viven del producto de su vida de trabajo anterior, pero en unos casos un grupo conserva ese producto y otro lo ha perdido. Funcionarios y viudas de funcionarios, asegurados sociales, poseedores de cualesquiera valores que no han sido víctimas de la guerra y de las dos inflaciones: este grupo ha conservado su pensión de la vejez "por derecho propio". Los que hicieron ahorros privados y cuya fortuna, seguros de vejez, etc., fueron desvalorizados, tienen que pagar las consecuencias sin ser más responsables de su situación que los del primer grupo". Hasta aquí la cita de Woltereck. Se puede apreciar, a través de ella, que el drama de los jubilados es universal.

Y sin embargo y a pesar de todo la Edad Glacial está llegando más aceleradamente ya que nacen más seres humanos que mueren, y los que sobreviven son más y más longevos cada día. Y si nos negamos a beneficiarnos de los aspectos positivos que comporta esta prolongación de la vida y subestimamos y maltratamos, en el sentido más amplio del vocablo tratar mal, a sus integrantes y se les cerca como en un "ghetto" social, esta nuestra llamada civilización estará socavando su estructura moral. Lo que acabo de afirmar no es dramatismo. Es que la idea del sabio es inseparable de los blancos cabellos. El "Consejo de Ancianos" es una institución antiquísima que existió en los primeros días de la historia humana y perdura aun bajo diversas formas. Hay tanta nobleza en el blanco de las canas que asombra pensar que alguno o algunos las disimulen pintándolas. A esos renunciantes que abjuran del señorío que les dió la vida habría que decirles, con nuestro sabio Luis Alberto Sánchez: "Solo se pinta las canas quien no merece llevarlas". El Colegio de Cardenales de la Iglesia Católica está compuesto, predominantemente, de hombres viejos, madurados por una larga vida. Y el Papado ha sido, desde siempre, una gerontocracia, una jerarquía espiritual de la vejez sabia, en cuya cumbre solo en algunos casos excepcionales ha estado un joven. En la historia moderna de los grandes estados cultos, los viejos Tayllerand, Federico el Grande, Gladstone y Bismarck, encarnan igualmente el arte de gobernar con conciencia de responsabilidad, como pudo decirse, asimismo, en nuestros días de Churchill, Adenauer, De Gaulle y otros. La revista americana Fortune dió a conocer, no hace mucho tiempo, el resultado de una encuesta, muy interesante,

según la cual los hombres situados en los puestos más altos de las cien empresas industriales más importantes de los EE.UU., tenían en promedio una edad de 74 años. Nombres como los del Mahatma Ghandi o de Albert Schweitzer nos tientan a hacer símiles vejez y sabiduría, ya que en ambos se hizo realidad el espíritu y la esencia del hombre. Pero junto a ellos, en todos los tiempos y en todos los países, figuran otros, conocidos o desconocidos, que igualmente lograron resolver el problema tan difícil como grande de transformar la vejez avanzada en una obra de arte de la vida. Goethe escribió la segunda parte de su Fausto en edad avanzada y terminó esta obra gigantesca a los 82 años. Cervantes tenía 68 años cuando terminó el Quijote. Lamarck acabó su Historia Natural a una edad mayor de 80 años. Carlyle contaba 69 años cuando dió fin a su famoso libro acerca de Federico el Grande. Entre los grandes pintores Ticiano pintó hasta los 99 años y un año antes de su muerte había pintado La Batalla de Lepanto. Miguel Angel, supergenio del Renacimiento, pintor, escultor, arquitecto y poeta, pintó a los 71 años los bellísimos frescos de "La Conversión de San Pablo", varios años después trazó el plano de la gran cúpula de San Pedro en Roma y a los 79 años empezó a escribir sus inmortales Sonetos. Entre los compositores, Verdi a los 74 años compuso Otelo y a los 80 Falstaff, obra en la que los amantes de la música admiran su capacidad para cambiar por completo la expresión dramática de las anteriores a esa joya saturada de humor. Meyerbeer tenía 72 años cuando compuso "La Africana".

Aparentemente alcanzar edades avanzadas llenas de genial productividad no fue un problema para esos paradigmas de la especie humana. Lamentablemente la moneda tiene dos caras. En la otra están los vencidos, los mediocres, los demasiado abatidos por su fatal destino, pero que merecen, por ello mismo, por su minusvalía, más atención y más cuidados, ya que en primera y última instancia son seres humanos, vale decir, nuestros hermanos. Sean genios o sean mediocridades, la realidad es que está llegando el siglo de los ancianos. Y frente a ese advenimiento consideran los sociólogos y los economistas que "debemos construir más hospitales para mayores de 70 años; aumentar los albergues y asilos para ancianos; crear ciudades para viejos que aseguren un máximo de lugares de recreo aptos para ellos". Creen, además, que "un contingente grande de ancianos en la población afectarán los negocios, la política y la opinión pública, ya que el mismo traerá un auge de doctrinas conservadoras". "Habrá que tener en cuenta, asimismo, que las pensiones a la vejez aumentarán en un 200 o/o". Y como adelante un futurólogo, el Dr. Elliot Romm, "entre 1990 y 2100 decaerá el interés por nuevos descubrimientos científicos, al par que la enseñanza perderá la velocidad que hoy tiene". ¿Una barrera al progreso? Tal vez habrá menos progreso en relación



a las conquistas espaciales, sostiene Romm, però también habrá más paz.

Creemos que lo dicho expresa nuestras reflexiones acerca de esa interesante estación del acaecer biológico que es la tercera edad, función de la vida misma, donde el ser humano debe y puede alcanzar su plenitud, realizándose en su triple dimensión corporal, intelectual y espiritual. La sentencia latina cuando sostiene que "Senectus ipsa est morbus" ha sido desmentida por más de veinte siglos de fecundas realizaciones, cumplidas por los que superaron las agresiones geocósmicas y sociales y desarrollaron, a través del trabajo, del esfuerzo sostenido, la actividad creadora, el afán de superación y el equilibrio de apetitos y satisfacciones, ese estado de bienestar del alma que es un anticipo del nirvana que nos ofrece el postrer y más largo de los sueños.

No vivimos en este anochecer del siglo XX una etapa más del patriarcado bíblico. No sería deseable que eso ocurriera. Como tampoco es deseable que se imponga un matriarcado al pasar al otro

lado de la trayectoria del péndulo. La unión del agua y de la arcilla deviene en fecunda creación artística. Las generaciones humanas, como las etnias y las naciones, deben tener conciencia del papel que a cada cual le corresponde en momentos estelares de la humanidad, en los que tan difícil se ha hecho la conquista de la paz, tanto la de adentro como la de afuera. Jóvenes, hombres maduros y ancianos, de ambos sexos, deben ser educados a convivir en el mutuo respeto, que es la esencia de la armonía familiar, nacional y universal. Y así como se proclama los Derechos del Niño, los Derechos de la Mujer, los Derechos de los Minusválidos y en general los Derechos de la Persona Humana, proclamemos, en este ocasional encuentro con los problemas de los integrantes de la Tercera Edad, los Derechos del Anciano, ya que en esa proclamación estaremos rindiendo respetuoso homenaje a la vida misma, perpetuada en la debilidad del niño, la fuerza del adulto y la sabiduría del anciano.